

Vida silenciosa

Con la participación de Marta Barrenechea, Montserrat Gómez-Osuna, José María Lillo, Coro López-Izquierdo, Aníbal Merlo, Gloria Pereda y Guillermo Summers.

Comisario: Miguel Cereceda

Espacio MADOS

Conde de Xiquena 12

Madrid, del 20 de diciembre de 2023 al 10 de febrero de 2024

La relación entre el arte y la naturaleza se ha vuelto cada vez más confusa. Desde antiguo, la función del arte debía ser la muy humilde y servil imitación de la naturaleza. Hegel expresó sin embargo con descaro la supremacía de los productos del espíritu con respecto a los productos naturales. “La belleza artística es superior a la naturaleza” —decía en su *Lecciones sobre la Estética*— “incluso una mala ocurrencia que pase por la cabeza del hombre está por encima de cualquier producto natural”. Pero la afirmación de aquella supremacía pasaba por un olímpico desprecio de lo meramente natural. Y así nos va. La filosofía de Hegel se despliega entre la primera y la segunda revolución industrial, en una época que alegremente solo consideraba a la naturaleza como algo a dominar y a someter, y como fuente inagotable de recursos.

Pero ya no sabemos qué se entiende por naturaleza. Seguimos pensando en la naturaleza como si del campo, la playa y la montaña se tratara, y en el arte como un conjunto de dispositivos completamente ajenos y extraños a lo natural. Como si el reino de lo artificial estuviese absolutamente separado o incluso enfrentado con la naturaleza.

Después de tres distintas reflexiones sobre la idea del paisaje, en las que, además de sobre el paisaje natural (“El paisaje cuatro perspectivas”), nos hemos acercado también al paisaje urbano (“Arquitecturas de Madrid”), e incluso a aquella consideración romántica del paisaje como un estado del alma (“Saudade”), nuestra intención es ahora acercarnos a esa relación intersticial, en la que la naturaleza se mezcla con el arte y se interna también en la vida doméstica.

Nos interesa por tanto la naturaleza que se encuentra ahora más bien en el jardín, en el estanque o incluso en el balcón y en las macetas, y hasta esas otras formas vegetales que apenas sobreviven en jarrones, vasos y botellas. Esa vida callada y silenciosa que nos acompaña y a la que podríamos llamar “paisaje de interior”, que va de la naturaleza viva a la que hemos dado en llamar “naturaleza muerta”. Pero también nos interesa acercarnos a la naturaleza de las cosas, a esas botellas y jarrones, a esas vasijas. A lo que podríamos denominar la vida secreta de las cosas.

“El calor se está yendo de las cosas” —escribía Benjamin en *Calle de dirección única*. Como si las cosas mismas perdiesen su vitalidad o nuestro afecto. Frente a la cosa artesanal, las cosas fabricadas se nos muestran como frías e indiferentes. “El calor se está yendo de las cosas. Los objetos de uso cotidiano repelen suave pero persistentemente de sí al hombre”.

Lo que queremos por tanto, con esta exposición, es recuperar de algún modo el calor perdido de las cosas, acercándonos a su vida secreta.

Hay aquí un paso extraño, en el que el arte y la naturaleza se mezclan, bajo la idea de lo que los ingleses denominan *still life* (vida detenida) y nosotros llamamos directamente “naturaleza muerta”. En ese acercamiento a la naturaleza, característico

del bodegón, hay algo de entomológico, de disección, de botánico, así como de sorprendente interacción entre la mirada del arte y la de la ciencia.

Pues no solo queremos acercarnos a las cosas inertes, por así decir, a las vasijas y a los cacharos y a los mudos bodegones de objetos y comidas, tratando de percibir su vida interior, sino también a aquellos otros en los que la vida se manifiesta callada y silenciosa, como en los cardos místicos de Sánchez Cotán. E igualmente a lo que podríamos llamar los paisajes interiores, los que irrumpen en el estanque y el jardín, pues también penetran en el espacio doméstico.

Por eso, en esta ocasión hemos querido invitar a siete artistas que han reflexionado intensamente sobre este espacio intersticial que une el arte y la naturaleza, lo científico y lo artístico, y en último término también la vida con la muerte. *Still life*, vida quieta y detenida. Vida silenciosa.

Marta Barrenechea dice que a ella le interesan los paisajes cuando aparecen, como en las camisas de palmeras o en las mesas de plástico que imitan la madera, rememorados o recordados en las cosas. “La naturaleza —dice— es siempre una gran influencia en todo lo que hago, pero de forma más oculta, más sutil”. Y esa sutileza se refleja en sus cuadritos mínimos, en los que, de modo casi simbólico, es evocado el bosque, el abedul o la montaña. En ellos, el espacio doméstico, el suelo de madera, la mesa y el mantel, y hasta el papel pintado de la casa se abren a la evocación de esa vida silenciosa que apenas se despierta, a veces en forma de dibujo a lápiz sobre papel, a veces en forma de bordado.

En el trabajo de Gloria Pereda, el paisaje ha estado también presente de un modo parecido. Pues sus representaciones de montañas suelen aparecer atravesadas por andamios o escaleras. Pero es curioso que un procedimiento pictórico semejante le sirve para presentar naturalezas muertas, con cosas tales como coladores, recipientes o botellas. También estos aparecen pintados sobre estructuras reticulares de fondo, que funcionan al modo de manteles. Sus cazuelas parecen así cobrar vida sobre el papel, como si ejecutasen una pequeña danza, mientras que sus vasos y botellas conmemoran también la vida espiritual (o tal vez tan solo espirituosa) que alguna vez llevaron dentro, en forma de coloridas burbujas. Vida silenciosa.

También Montserrat Gómez-Osuna pinta cuencos, vasijas, recipientes y botellas, pero en su caso estos presentan una doble particularidad. Por un lado, se trata de las vasijas elaboradas, esmaltadas y cocidas por la propia artista en su taller, de modo que los jarrones, platos y cuencos formados a partir del barro adquieren una segunda vida, al convertirse en objetos de la representación pictórica. De este modo, el calor retorna amorosamente hacia las cosas. Por eso la artista gusta de recuperar incluso los fragmentos rotos de las piezas fallidas, y trata de recomponer con ellos nuevas obras. Pero, en segundo lugar, Gómez-Osuna gusta de pintar también estos mismos recipientes entre árboles, bosques y montañas, componiendo con ellos un paisaje. Se trata por tanto para ella de romper los límites de lo inerte o, mejor dicho, de trasladar la vida de la naturaleza viva a la llamada naturaleza muerta. *Still life* tal vez también quiere decir “todavía vivo”.

Aníbal Merlo, por su parte, es un artista que ha trabajado mucho en torno a la idea del jardín, ese espacio intermedio entre la casa y el campo. Toda su obra gusta de coquetear con las formas sinuosas vegetales, propias de una naturaleza que nos resulta siempre íntima y cercana. Una naturaleza doméstica. Trabaja tanto con la escultura, como con la pintura y la fotografía. Él construye sus propios objetos, a veces con madera, a veces con hierro, a veces con papel. Los pinta y luego los fotografía, generando con ello un diálogo sumamente interesante entre las distintas posibilidades expresivas de las artes. Sus papeles y sus fotos a veces nos recuerdan vainas abiertas

entregando sus semillas, como tratando de generar con ello una vida nueva. Una vida en la que el arte emula la capacidad creadora y reproductora de la naturaleza.

También Coro López-Izquierdo trabaja con la pintura y la fotografía. Aunque la mayor parte de su obra ha estado centrada en la representación pictórica de la ciudad, de sus calles y de sus edificios, su mirada siempre ha estado atenta a la vida interior de esos mismos edificios. Por eso, en las casas que ella pinta le atraen especialmente las bicicletas apoyadas sobre las fachadas, las plantas y macetas de los balcones, así como las pintadas y grafitis sobre el muro. Pero López-Izquierdo es también una excelente paisajista. Como vive muy cerca de La Granja de San Ildefonso, uno de sus paisajes favoritos son los jardines de este magnífico palacio. Las fotografías que ahora nos presenta están hechas a partir de un estanque de La Granja. Pero el modo de presentar la imagen, repartida en el interior de una cuadrícula geométrica, tal vez alude a un intento de racionalizar y de domesticar un poco un espacio exterior que quiere ser interiorizado.

Es curioso que sea el mismo procedimiento utilizado por Guillermo Summers para pintar un árbol. También él descompone la imagen, dibujada en una estructura reticular, diferenciada en nueve cuadros diferentes. Sin embargo, para él la vida interior de la representación de un árbol procede más bien del propio soporte en que se encuentra presentada. Pues él trabaja con papel japonés. “Mi idea ha sido siempre que el material tenga su propia voz en la obra —afirma el artista—. Así que procuro que, tanto los pigmentos como los motivos «emerjan» de alguna manera entre las fibras, para conservar esta voz del soporte. Me atrae la sensualidad y la capacidad de irradiar belleza que tiene el papel por sí mismo”. Y, en efecto, las naturalezas que él nos presenta, sean dunas u olas o montañas, se caracterizan también por esa vida que emerge del interior del soporte mismo. Naturalezas vivas.

Como las que dibuja amorosamente José María Lillo. Su *Níspero de Jesús Pobre*, un soberbio retrato dibujado de un árbol de jardín —si es que se pueden hacer retratos de los árboles— trata de acercarse así a una naturaleza humanizada. Con sus tres metros de largo no solo expresa el trabajo y la paciencia del dibujo, sino también una nueva mimesis del arte, en su relación con la naturaleza. Pues Lillo gusta de relacionar el tiempo dedicado al dibujo con el tiempo mismo del lento crecimiento del árbol, de modo que la vida silenciosa de la naturaleza se traslada así al crecimiento silencioso, casi monástico, del dibujo. Tal vez por ello, en esta ocasión el artista nos presenta además los frutos amarillos de este níspero, no solo como ofrendas de la naturaleza, sino también como frutos del arte.

Miguel Cereceda